

DOLOR Y BELLEZA

Antonio Praena
Poeta y teólogo

Decir que hay experiencias que, por universales, son comunes a todas las culturas, nos igualan a todos los hombres sean cuales sean nuestras creencias, supone recurrir a lo obvio.

Sin embargo es posible que, a la hora de dar cuenta de cuáles de ellas son realmente tan profundas que hunden sus raíces en lo humano más allá de cualquier distinción cultural y temporal, las cosas no resulten tan fáciles. Me quiero referir esta noche, de entre esas experiencias posibles, al dolor y a la belleza tal y como pueden ser vividas desde las culturas islámica, judía y, finalmente, cristiana.

No ha desfilado ninguna civilización por la espiral de la historia, no hay cultura ni religión sobre la faz del tiempo y del mundo que no se haya sentido y se sienta conmovida ante el misterio del dolor y la belleza.

...

Mientras redacto estas palabras, una noticia de Internet asalta mi pantalla. El hecho ocurre en Irak y lo protagonizan creyentes de El Corán.

En el último momento, cuando el condenado ya tenía el nudo puesto al cuello para ser ejecutado, la mujer que, según la ley, tenía que dar la patada a la silla para que el cuerpo colgara del patíbulo, no sólo no lo hace, no sólo no da esa patada, sino que, en cambio, contra lo predecible, propicia una bofetada simbólica al condenado, bofetada que conlleva, también según el sentido de la ley aplicada, el perdón hacia el que el tribunal había condenado, perdón que sólo podía ser otorgado por esta mujer.

Pero, ¿quién es ella? Esta mujer de fe islámica es la madre de una víctima, un chico de 17 años al que el ahora condenado a muerte apuñaló hasta desangrarse en un enfrentamiento callejero.

Ojo por ojo y diente por diente, la ley del talión pedía que la muerte de aquel joven fuera saldada con la proporcional muerte de este otro, su asesino. Efectuados los juicios, finalizado todo el proceso, había llegado el momento de ejecutar la condena. Pero la madre del chico asesinado no sólo no empujó la silla que haría que el asesino de su hijo pagase con su vida, sino que le otorga su perdón y, con sus propias manos, ayuda a deshacer el nudo del cuello del reo de muerte.

Los ojos de otra madre, la del muchacho condenado, observan la escena. Finalmente ambas madres, la que entonces sí perdió a su hijo y la que ahora acaba de ver cómo el suyo es salvado de la horca y perdonado, se abrazan y lloran en un intercambio de emociones que es difícil poner en palabras.

La madre del joven apuñalado va más allá de la ley ciega. Renuncia al recurso que la justicia le otorga y opta por el perdón. Frente al pie que debía dar la patada a una silla, las manos que desatan un nudo corredizo. En posteriores palabras confiesa que, en el momento mismo de otorgar el perdón, se vio alcanzada por una paz y una liberación de la angustia y del resentimiento que nada –y mucho menos la ejecución del asesino de su hijo- le hubiera dado en el mundo. Hay un misterio en las cosas de la gratuidad que nos trasciende y nos salva.

Dolor y belleza en un mismo acto más allá de la propia cultura legal y que es propiciado por la cultura de la gracia, también propia. Dolor y belleza en una aldea musulmana de Irak. Dolor convertido en la belleza del perdón no esperado. Ley que queda trascendida en el silencio, el llanto y el gozo que contiene todas las palabras.

...

Vayamos ahora al judaísmo. También la cultura generada en la larga tradición abrahámica ha derramado sobre la faz de la tierra una belleza conquistada al dolor, al sufrimiento y hasta al exterminio.

Me ocurrió la pasada semana en Tesalónica. Tras una lectura de poemas, se me acercó una anciana, me tomó de la mano y, en un español suave de consonantes, me agradeció lo profundo que los poemas le habían llegado.

Sin embargo, como en las ocasiones en que el asombro lo es por su pura impredecibilidad, lo importante fue algo más evidente y no percibido en primera instancia: se trata de la lengua española. Fue al rato cuando me di cuenta de que los dos estábamos hablando en español.

Esta anciana de nombre Victoria me narró la historia de su familia sefardí. Muchos siglos atrás, expulsados de su patria, salieron de Sefarad sus antepasados. Tras décadas de exilio por media Europa, se asentaron en Tesalónica hacia mediados del siglo XIX. Tesalónica es una ciudad que debe algunas de las etapas de su esplendor comercial y cultural a la presencia y la actividad de los judíos que hasta ella fueron llegando desde la antigüedad.

Sin embargo, en esta ciudad balcánica a orillas del mar Egeo, tampoco el sufrimiento fue ajeno al pueblo judío.

La historia de los judíos de Salónica tomó un rumbo trágico en el siglo XX, tras la aplicación de la *solución final* por el régimen nazi, que se tradujo en la eliminación física de la inmensa mayoría de los miembros de esta comunidad.

En Salónica habitaban por entonces 56.000 judíos. Las medidas antisemitas fueron aplicándose de forma progresiva. La prensa judía fue inmediatamente prohibida, lo que supuso el cierre del periódico en judeoespañol *El me-*

sajero. Casas, hospitales y edificios comunitarios fueron requisados por los ocupantes. Aparecieron carteles que prohibían a los judíos la entrada en los cafés. Después se les expulsó de sus emisoras de radio. Enviados del "Estado Mayor Especial" saquearon los archivos judíos, enviando toneladas de documentos de la comunidad al "Instituto" nazi de Investigaciones Judías. Todos esos documentos se perderían para siempre. Los judíos sufrieron, como el resto de sus conciudadanos, una terrible hambruna. Se ha calculado que durante el invierno de 1941-1942 murieron de hambre unos 600 judíos.

El cementerio quedó transformado en una enorme cantera en la que griegos y alemanes se proveían de losas sepulcrales. Algunas calles de Tesalónica están empedradas con losas sepulcrales judías. Los incautos visitantes, como yo, ignoramos a veces el nombre de los muertos que pisamos, la abolida historia sobre la que caminamos.

Sin embargo -me cuenta Victoria, aún mi mano en la suya- la poesía y la música en sefardí nunca han faltado en nuestros labios. Aun cuando incendios en el nombre de la historia arrasaban nuestras casas, nuestras tiendas de pan, los libros de nuestra memoria errante, los poemas permanecían en las entrañas.

La cantiga del fuego

*Día de sabat, mi madre,
la horica dando dos,
fuego salió al Agua Mueva,
a la Torre blanca quedó.
Tanto probes como ricos,
todos semos un igual.
Ya quedimos arrastrando
por campos y por kislás.
Mos dieron unos tsadires,
que del aire se volan.
Mos dieron un pan amargo,
ni con agua no se va.
Las palombas van volando
haciendo estruición.
Ya quedimos arrastrando
sin tener abrigación.¹*

Cantos y poemas como este, que narran el incendio de la ciudad, son aún hoy entonados en coros y en escuelas en nuestro mismo idioma.

Son versos que no hacen belleza del dolor, sino más bien belleza contra el dolor, hermosura que intenta hacer soportable lo que no tiene sentido, una destrucción, que apenas sí mostraba en estos años la brutal, intolerable e impronunciable desproporción que habría de adquirir.

¹ *La cantiga del fuego* es una canción tradicional sefardí que hace referencia al incendio de 1917. Algunas palabras son de origen turco: *kislás* significa "campos", y *tsadires*, "tiendas de campaña". "Agua Mueva" y "Torre Blanca" son nombres de barrios de Tesalónica.

Más de 48.000 sefardíes de Tesalónica fueron enviados a los campos de concentración nazis. Baste decir esto.

Pero dígame también que hubo actos de amor pese a que constituyeron una pequeña gota de luz en un mar de tiniebla. Queden recordadas las gestiones de las autoridades consulares de España e Italia para salvar a los judíos de sus respectivas nacionalidades. En 1943 había en Salónica 511 judíos de nacionalidad española, resultado de la política de concordia del gobierno español hacia la comunidad sefardí durante los años veinte. Gracias a los esfuerzos del cónsul español en Atenas, Sebastián Romero Radigales, 150 de ellos pudieron salvarse.

Pero, mientras, los trenes de la muerte continuaron saliendo de Tesalónica a lo largo de 1943. Protegidos por su nacionalidad española y gracias a las gestiones del cónsul, trescientos sesenta y siete judíos más conocieron un destino singular: de Bergen-Belsen fueron trasladados a Barcelona. La lengua es una patria común. Nuestras tres culturas también, en convivencia ancestral.

*El tiempo estara enuvlado.
Otros dos o tres anyos.
Luvias pretas
Son previstas
A todos los ke deven ser
Transportados por trenos
Sovre la Evropa
A los reskapados
Esklaresera, un dia, el sol
(Ma sera un sol demudado)
Para eyos el tiempo
Nunka tornara a ser klaro.²*

Victoria, la anciana que ha escuchado mis poemas en español y griego, es una superviviente. Hay belleza en su rostro libre de resentimiento, de odio. Hay belleza en sus ojos, pese a los muchos hombres y mujeres de su misma estirpe que los hornos crematorios aniquilaron, pues es -lo dice el salmo hebreo- *más fuerte el amor que la muerte*. Hay belleza en sus labios que me cuentan cómo aún cada semana acude al coro a entonar cantos en este idioma en que ella y yo hablamos en este justo momento pese a los quinientos años que median entre su sefardí y la evolución a mi español contemporáneo. Hay belleza en su mano que aún no se ha separado de la mía mientras los dos cantamos juntos:

*Por la tu puerta yo pasí,
Yo la topí cerada,
La llavedura yo bezí,
Como bezar tu cara.*

² Fragmento del poema "Previziones metereolojikas para este siglo", de Avner Perez, dedicado a la memoria de la comunidad judía de Salónica e incluido en su libro *Siniza i Fumo* (1986).

...

Estoy hablando de belleza en la común experiencia de dolor de diferentes culturas, la cultura nacida en la fe del Islam y la cultura en la fe de la Torá. También estoy hablando de horror para ellas sin olvidar el dolor que a veces desde ellas mismas se ha engendrado y se engendra. Pero estamos aquí para señalar que es la belleza la que ha de salvarnos y salvar nuestras culturas de lo peor de nosotros mismos. Pues es la esperanza –debe serlo- un atributo consustancial a la belleza y al arte.

...

También el dolor y la belleza –en forma dialéctica, contradictoria y, finalmente, llamada a resolverse en amor que salva- forman parte de la médula del cristianismo y de la cultura, a veces secularizada, de él nacida.

En efecto, si atendemos a su origen histórico, el cristianismo es heredero de la tradición judía –Jesús de Nazaret era un judío- y de Grecia, concretamente del pensamiento helenístico expandido por el mediterráneo a través de la lengua de la *koiné*.

No sólo no le son ajenas a la cultura cristiana la semilla del pensamiento y de la estética clásicas, sino que, en los siglos más oscuros, los textos filosóficos y poéticos del clasicismo fueron conservados, traducidos y copiados a mano en aquellos lugares monacales o en aquellas Universidades fundadas por órdenes religiosas -como las de los dominicos- que escaparon a las manifestaciones más reaccionarias que en lamentables exponentes también cristianos oscurecieron la luminosidad que la fe en Jesucristo nunca debió traicionar.

La fe en el futuro, fruto de la fe en la Promesa y la Alianza sinaíticas, y la fe en la razón, el arte y la belleza, frutos del alma griega, están en la entraña del cristianismo.

Pero no sólo en su devenir histórico, dolor, persecución y contradicción han marcado la cultura cristiana. También, y más intensamente, en su origen personal, en la vida y misterio de Jesucristo, encontramos juntos dolor y belleza.

Una de las primeras definiciones que encontramos de Jesús en los Hechos de los Apóstoles es esta: *un hombre que pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos.*

Sin embargo este hombre que concita en sí bondad y belleza, belleza moral y estética, eso que el pensamiento griego clásico denominaba *kalokagathía* (unión de las categorías *kalós*, “bello”, y *agathós*, “bueno”), también es víctima del destino más horrendo. Condenado injustamente, entregado por los religiosos a las autoridades civiles, azotado con flagelo de esquilas de plomo sajantes y, finalmente, clavado de pies y manos, lacerado su pulmón por una lanza, muere por asfixia en el patíbulo de una cruz.

No hay en él belleza aparente –había profetizado Isaías-. *Ante él se vuelve el rostro*, no se quiere mirar. El más bello de los hombres es ahora un despojo de la humanidad. Deformado el cuerpo entero por los golpes, amordados, hinchados, infestos sus miembros, no cabe más fealdad en este que ha dicho que el mensaje que él anuncia viene de parte de Dios.

Y, sin embargo, tanta fealdad –también lo había profetizado Isaías- contiene en sí todo el perdón, tanto más profundo cuanto más incomprensible, injusto e intolerable es el daño que padece. La muerte engendra vida y el dolor devuelve perdón sobre los verdugos, que no son especialmente los soldados sino quienes –ayer como hoy- en el nombre de Dios –de cualquier Dios-, se cobran vidas y libertades humanas. Su fealdad expía la capacidad humana de infringir sufrimiento y proyectará, tres días más tarde, una belleza nueva sobre la creación.

El destino de fealdad sufriente del hombre que los artistas de todos los tiempos han mostrado como el hombre más bello nos obliga, desde la perspectiva de la cultura cristiana, a reconocer la belleza del amor, la belleza de la vida que por amor se pone en manos de los verdugos, de los violentos, de los fundamentalistas.

La belleza de quien, por no desdecir el mensaje de perdón, solidaridad, libertad y sencillez no sólo predicado de palabra sino, sobre todo, con la vida, no se echa atrás en su entrega, nos obliga a redefinir nuestros conceptos de belleza.

En este sentido, declaraba recientemente Hugo Múgica -poeta que participó de los experimentos con drogas y creación artística del Nueva York de los años sesenta, que luego fue monje trapense y que hoy continúa su labor como creador y sacerdote- que *el fascismo 'estetizaba' la política, el comunismo politizó la estética, y el capitalismo la mercantiliza*.

La mirada del artista que ha contemplado la fealdad de la crucifixión y ha dejado luego entrar en su pupila y en sus labios la luz de Jesús, el cual devolvió resurrección y convirtió el dolor en una forma de salvaguarda y consumación del amor como única vía salvífica, no puede ya ser reo de una belleza mercantil y falaz, ni de una belleza políticamente violenta, ni de una belleza poderosamente alienante.

Si el cristianismo olvida su destino de belleza, habrá dejado de ser salvífico, porque habrá dejado de ser él mismo. Si la mirada cristiana y la de la cultura nacida de esta perspectiva alguna vez es causa de dolor y más fealdad, habrá perdido la luz que en aquella mañana anunciaba a tres mujeres asustadas que la vida empezaba de nuevo en Galilea, que no se buscara más entre los muertos de rancias sacristías al que vive en corazones y calles y en los Cielos para siempre.

La cultura nacida del cristianismo –sea, insistimos, creyente o sea en su versión secularizada y social- ha de dar, por ello, para no traicionarse a sí mis-

ma, una respuesta al dolor desde la belleza. Pertenece a la cultura cristiana, hasta el punto de convertirse en un imperativo moral para ella, el transfigurar en resurrección cuanto es sufrimiento, en vida cuanto es muerte, en paz cuanto es ensañamiento, en perdón cuanto es herida o daño.

...

Nada humano me es ajeno. Acabamos con otro tópico, en este caso la sentencia escrita por Terencio y recordada por Juan XXIII: *nihil humanum alienum puto*. Dolor y belleza son humanas y nos son, por ello, propias. Aun cuando sea en las vidas ajenas a la nuestra en las que las encontremos. Porque, en realidad, ¿qué vida puede sernos ajena? ¿*Dónde está tu hermano?* Esta es la pregunta que Dios, cuando no era aún ni el Dios judío ni el Dios islámico ni el Dios cristiano, dirigió a Caín tras matar a Abel.

Parece que todo ha sucedido cerca. En realidad ha sucedido cerca, en la orilla de enfrente de este mar Mediterráneo que nos es común. Como nos es común esta tierra para tres culturas. Tres culturas que están en nuestras raíces. Desde el horror a la belleza nos alzamos.